

EL HURACAN FELIX DESDE ADENTRO



Luis Sonzini Meroi, Bilwi, 7 de octubre del 2007

Por qué estábamos allí:

Desde el 1 de febrero del año 2007 se desarrollaba un proyecto en la línea DIPECHO en la Región Autónoma del Atlántico Norte (RAAN) de Nicaragua, cofinanciado por la Unión Europea y por el Grupo de Voluntariado Civil (GVC-Italia). El proyecto, "Preparación para Desastres a Través de Organización, Capacitación, Resiliencia y Participación Activa en Nicaragua /ECHO/DIP/BUD/2006/02006", tenía como ámbito de actuación 19 barrios de la ciudad de Bilwi y 10 comunidades del Litoral Atlántico de la RAAN, en la zona de Sandy Bay, presentando los máximos niveles de amenazas por huracanes e inundaciones. De hecho, en los últimos 5 años había sufrido los embates de 3 fenómenos tropicales de gran magnitud (Huracán Mitch, 1998; depresión tropical Michelle, 1999; Huracán Beta, 2005); y recientemente acababa de pasar por su proximidad la amenaza del Huracán Dean. Además era una zona de alta vulnerabilidad ambiental, física, social e institucional, que fundamentalmente se originan en sus bajos índices de desarrollo humano.

El día 3 de septiembre debía llegar una misión de DIPECHO a evaluar los avances de este proyecto, por lo que todo el equipo de GVC estaba entre Bilwi y Sandy Bay preparando las actividades para esa visita. Como parte de las mismas, el día 4 de septiembre nos embarcaríamos hacia Sandy Bay para hacer las actividades comunitarias de entrega de planes de emergencia, equipos de rescate, sistemas de radio, entre otras cosas. En esa misión viajaríamos el responsable del Programa DIPECHO para América Central, el Director Nacional de la Defensa Civil de Nicaragua, el Gobernador de la RAAN, la Alcaldesa de Puerto Cabezas, el Coordinador Nacional del proyecto mencionado y yo, como Coordinador Internacional del mismo. Por suerte la misión se suspendió el día 3 por la mañana, cuando supimos de la alerta amarilla que había decretado el SINAPRED para la RAAN.

Los momentos previos en Bilwi:

El día 3 de septiembre por la noche en la ciudad de Bilwi, cabecera municipal del municipio de Puerto Cabezas, RAAN, el cielo se veía sereno y despejado. Por la tarde habían soplado vientos muy fuertes desde la costa, y el horizonte se apreciaba gris y triste. Entonces, las olas del Caribe, normalmente tranquilas y menudas, parecían amenazantes y elevadas, con una frecuencia fuera de lo normal. Ya sabíamos de la presencia del huracán Félix mar adentro, caminando a paso lento, distante pero caprichoso. En ese momento pensamos que esas ráfagas de viento anunciaban su paso frente a nosotros y que era cuestión de paciencia: ya pasaría rumbo al norte, ligeramente inclinado hacia el oeste, buscando el Cabo Gracias a Dios. Eran cerca de las 5:30 de la tarde. Los cocoteros y los árboles de mango, acostumbrados a los embates de las ráfagas alisas, se meneaban castigados por el viento, frente a nosotros, a unos cien metros en dirección al mar. Llovió fuertemente por unos pocos minutos, un poco después que Kenya y Maricela, las últimas promotoras, habían salido de la oficina hacia sus casas. El viento y el castigo de los árboles terminó al cabo de una larga hora, y luego vino la calma paulatina, las nubes ralas que se alejaban velozmente sobre nosotros, y comenzó la noche serena y despejada. Ya había pasado todo, eso pensábamos. Revisamos las noticias en Internet y, en efecto, la página Web indicaba que el huracán seguía con su mismo rumbo y que, además, había bajado de categoría 5 (en la escala de Saffir-Simpson) a categoría 4.

A esas horas de la noche la oficina era un solo movimiento acelerado: completábamos equipos de rescate para llevar a la alcaldía; ya habíamos distribuido los walkie-talkie; nos

coordinábamos con la defensa civil por teléfono para saber lo que estaba sucediendo en la ciudad: los comités de barrio y el comité municipal estaban evacuando las personas de los sectores mas vulnerables hacia los albergues. Aun y en esos trajines algunos nos hablaban de decisiones exageradas, de que la alerta roja era prematura. Pero sin embargo, con la mejor buena voluntad y un poco de desorden las orientaciones se estaban cumpliendo. En la oficina solo nos manteníamos Lorea, coordinadora de un proyecto de salud comunitaria, Vinicio, coordinador nacional del DIPECHO y Uriel, nuestro logista. Ya no llovía ni hacia viento, solo nos faltaba que cada uno se fuera a su casa para esperar que, efectivamente, el susto pasara.

Luego comenzaron a llegar las llamadas telefónicas de preocupación: la familia, los amigos, los compañeros de trabajo; las noticias de la proximidad y potencia del huracán, los pronósticos de desastres, la alarma roja, eran motivos mas que suficientes para intranquilizarlos. Nos daban informaciones que nosotros conocíamos más superficialmente o desconocíamos. A todos les contamos que la noche solo mostraba calma y tranquilidad, la misma que a ellos tratábamos de transmitirles. Con Lorea miramos un poco de televisión, luego se fue la luz, y entonces la rutina habitual de las buenas noches y cada uno se fue a descansar. Me fui a dormir con una suerte de inquietud que antes de las llamadas telefónicas no tenía: presentía que alguna pista no estaba clara en el cielo, que algún signo oculto se escondía tras las engañosas estrellas. Me dormí de todos modos, y profundamente hasta poco antes de las 4:00 de la mañana.

Golpea el huracán en Bilwi:

Cuando me desperté fue por una ráfaga de viento que aventó con fuerza un coco que cayó sobre la casa. El zinc sonó con ruido seco, profundo y corto. Abrí los ojos y miré entre las paletas de vidrio de la ventana. El cocotero se movió velozmente hacia el lado contrario de donde lo había movido el viento y se repuso, aquietándose. Pero luego vino una ráfaga en sentido contrario y esta vez quiso doblegarlo, pero nuevamente se repuso. Trate de cerrar los ojos para no seguir viendo el cocotero, pero no pude: había demasiada violencia en el aire como para ignorarla. Miré más allá del cocotero y vi un gran árbol frondoso moviendo sus ramas de manera desenfadada, como si bailara una danza alocada y desacompasada: era un espectro gigantesco moviéndose contra un cielo gris iluminado por alguna luz estelar que extrañamente se mostraba. Me levanté y comencé a deambular por la casa, pero no podía mirar bien afuera por las otras ventanas, de modo que abrí la puerta de un porche y me asomé al patio frontal de la casa. Lo que vi fueron los mismos árboles de la tarde, aquellos a cien metros en dirección del mar, azotados por un viento de una violencia inaudita, que los quería doblar por la mitad, quebrarlos, sacudirlos, quitarles todos sus frutos, sus ramas, arrancarlos de raíz, abatirlos. La llamé a Lorea para que se despertara y para pedirle una segunda opinión de algo que era más que obvio: los signos ocultos del cielo calmo de la noche anterior por fin se manifestaban: el huracán había recuperado su categoría 5 al mismo tiempo que decidía doblar su trayectoria y acercarse a la playa mucho antes de lo esperado, a unos 40 km al norte de Bilwi: había llegado, se estaba apenas instalando, el infierno transparente se comenzaba a desarrollar frente a nosotros.

Lo que siguió fue una expectante tensión en la vigilia de los árboles, de las láminas del techo, del tratar de fotografiar la violencia, de escuchar la única radio que aun sonaba, y que transmitía la misma ansiedad y desesperación que nuestros ojos veían. El techo sonaba como latas que el viento levantaba y bajaba nuevamente, en un claro intento por vencer a los clavos y arrancarlos de su sitio, se calmaba un segundo para cambiar de

dirección y recomenzaba. Cuando íbamos contando la lamina numero siete u ocho que perdía el techo de nuestro vecino de en frente, sentimos el ruido claro de la primera de nuestras laminas de zinc que volaba desde el techo hasta el patio delantero. Casi no llovía, el infierno era solo de viento, pero las pocas gotas que caían en realidad se movían horizontalmente. El espectáculo se mantuvo por unas 4 horas, alcanzando su clímax cerca de las 7:00 a.m. A esa hora se sintió un gran ruido metálico cercano; después supimos que era la mitad del techo de la iglesia católica que había caído desde más de 15 metros hasta la calle. Nuestra casa-oficina siguió perdiendo laminas y tuvimos que comenzar a mover computadoras, mesas, teléfonos, archivos, libros, todo lo que no se debía mojar; cubrimos lo que pudimos con cartones y con plásticos. Se quebró una lámina lateral de playcem que forraba una pared y la luz de la mañana comenzó a iluminar las salas atestadas de equipos y cartones, a través de la pared rota y por las hendijas del cielo falso donde ya no había techo. Entre el proteger lo de adentro y el buscar señales externas de que la calma regresaba, vimos nuestros pequeños árboles de almendro caerse frente a la puerta de la calle, los rótulos de los proyectos se rindieron y también cayeron y un árbol de nancite decidió apoyarse sobre nuestra oficina, pero suavemente, como resignado, como cansado de lidiar contra una fuerza que nunca en toda su vida de árbol había conocido. Por suerte para él y para nosotros, en ese momento el huracán ya se estaba alejando.

A las 8:00 comenzamos a movernos, a querer saber de la suerte de cada compañero y compañera: todos estaban bien, pero todos habían perdido un pedazo de techo, un pedazo de casa y un pedazo de sonrisa. Salimos a la calle con dos vehículos para solo sorprendernos de estar vivos. Creo que en ese momento por primera vez comprendí el verdadero significado de la expresión mentada: "pareciera que ha pasado un huracán por estos lados": árboles centenarios caídos y con sus raíces levantadas al cielo, árboles de coco quebrados como palillos, casas de madera levantadas por el viento y arrojadas como cajas de fósforo hacia un lado, casas aplastadas por un árbol que hasta el día anterior era el orgullo de sus dueños, por su belleza, por su abundancia de frutos y por su sombra... una señora me dijo: "... y pensar que uno de los orgullos mayores que teníamos los porteños era el vivir en una ciudad con tantos árboles, con tanta sombra!"; antenas de radio dobladas como plastilina, postes de todos los tipos quebrados y caídos, cables por el suelo... en fin, la destrucción más salvaje que pueda imaginarse para un viento. Y luego las miradas enmarcadas en las caras tristes de las gentes que trataban de salir de sus asombros, algunas shockeadas, otras con mucha rabia. Es duro mirar a los ojos la pobreza cuando lo poco lo era todo y de ello no ha quedado nada. Muchos canalizaban sus sentimientos limpiando patios, cortando árboles, sacando escombros, recuperando láminas, tratando de reponerse de la adversidad a través de la terapia del trabajo duro, que deja poco espacio para mirar atrás.

Los momentos previos en Sandy Bay:

Sandy Bay es el lugar donde el huracán Félix tocó tierra con categoría 5 y es una zona que como GVC conocemos muy bien, pues en ella trabajamos desde hace unos ocho meses. Sandy Bay no es una comunidad, en realidad es una zona, y en ella existen 10 comunidades de extraños nombres miskitos con los que poco a poco nos fuimos familiarizando, y hasta alfabetizando a través de sus significados; por ejemplo, Ninayari: "Nombre largo", Rahwuawatla: "Casa de las loras", Tasbarraya: "Tierra nueva", Waitnatigni "Arroyo de hombre", Awasyari: "Pino largo"...

El día antes del paso del huracán, el 3 de septiembre, Reyna y Marlon, dos de nuestros promotores y el Mayor William Castro, responsable de la Defensa Civil para la RAAN se encontraban en ese lugar haciendo trabajos de capacitación y de devolución de planes de emergencia comunitarios. Ante la amenaza del huracán y habiendo recibido información de la alerta roja decretada, decidieron el regreso a Bilwi en la última lancha que salió de Sandy Bay antes de que el huracán llegara. Fue una decisión necesaria, pues el responsable de la Defensa Civil Regional debía estar en Bilwi para ponerse al frente de las tareas de evacuación y preparación para la emergencia. Gracias a la presencia de estos tres compañeros en Sandy Bay hasta los últimos momentos del día 3, es que pudimos conocer una serie de detalles sobre la preparación y el espíritu con que esa gente se encontraba entonces.

El día 03/09/07 a las 10:00 de la mañana, Lincoln James, el operador de radiocomunicación e integrante del comité de prevención de desastre de la comunidad de Kahka, a través de los medios de radio que el proyecto había ubicado en su casa, recibió la noticia de la cercanía del Huracán Félix a través de la Defensa Civil de Bilwi. Inmediatamente avisó a los coordinadores de las 10 comunidades. Además, iniciaron el monitoreo en la radio "Caribe" de Bilwi, emisora que se había elegido durante el diseño del plan de emergencia comunitario como medio alternativo de información para situaciones de amenazas. Así confirmaron sobre la cercanía del fenómeno y sobre la posible afectación en la zona; inmediatamente se comenzó a convocar a los líderes de cada una de las comunidades a una reunión para dar orientaciones sobre el fenómeno que se avecinaba. En esta reunión se explicó sobre la posible afectación del huracán y se pidió a todos que mantuvieran la calma y no alarmaran al resto de los comunitarios. Todos se sentían en ese momento con los conocimientos y capacidades para enfrentar organizadamente la amenaza. A pesar que desafortunadamente el fenómeno era de una magnitud inimaginable, hasta el último momento su entereza y confianza les permitió estar más serenos y evitar actitudes desesperadas. Siempre con los medios de radiocomunicación móvil, lograron mantenerse comunicados hasta los momentos previos al impacto, transmitiéndose informaciones sobre los eventos y también dándose ánimos entre ellos. A las 11:30 de la mañana, con la comunicación radial con Bilwi se dieron cuenta que ya se había declarado la alerta amarilla para la zona y cada uno de los líderes y jefes de brigadas se fueron a sus comunidades a reunir a los miembros del comité, para organizar los centros de albergues y dirigir a la gente a los refugios.

El operador de radio comenzó a dar la alerta a las embarcaciones que estaban en los cayos y que tenían radios marinas (VHF), se trató de avisar a todas las naves pero la mayor parte de ellas no poseían este tipo de radios, por lo que se pidió que de una barca fueran avisando a las otras. En lo personal tuve la oportunidad de platicar con un sobreviviente de los Cayos Miskitos y al menos él y sus compañeros de velero ya sabían de la alerta, del huracán y de la necesidad de regresar a Sandy Bay. Lo habían sabido por

una panga que viajó específicamente a los cayos para avisarles y por las radios de Bilwi que uno de sus compañeros escuchaba, en su receptor de baterías. Sin embargo, comenzaron el regreso demasiado tarde y el fenómeno los impactó antes de que avistaran la costa: de 9 compañeros solo él y un amigo habían logrado sobrevivir.

Me mencionaron también otros comunitarios que en un cierto momento de la tarde el viento se calmó en alta mar, de tal modo que la navegación con velas era muy lenta. Sin embargo otras embarcaciones de motor también trataron de regresar cuando era ya muy tarde, y las consecuencias las sabemos. En todo caso, es muy probable que la confianza en si mismos y la costumbre de que los huracanes no los golpearan directamente en los años que su memoria colectiva les permitía conocer, haya influido para que el regreso de las embarcaciones a la costa no se haya dado con la premura que la amenaza requería.

En las comunidades y plena tormenta se vieron actos heroicos de algunos brigadistas, como el caso de uno de la comunidad de Kahka que, a arriesgo de su vida, logro amarrar una sogá desde su vivienda humilde de madera hasta una estructura de concreto de una casa semi destruida, logrando hacer pasar a ancianos y niños hasta ese lugar mas seguro. Otros hicieron lo mismo sacando familiares de sus casas a punto de caer y resguardándolos detrás de un gran árbol que el viento ya había derribado.

La primera visita a Sandy Bay:

Me tocó viajar a la zona de Sandy Bay luego del paso del huracán, el día 5 de septiembre por la mañana. Iba en una misión de evaluación de daños y análisis de necesidades, junto a un grupo de personas del gobierno regional. A Sandy Bay solo se puede llegar por mar. En el trayecto desde Bilwi, toda la costa se veía despalada, arrasada: los bosques de mangle parecían como restos hirsutos de un incendio salvaje y repentino. Solo las puntas de los troncos secos y desvencijados se observaban alzadas al cielo, donde antes existía un bosque de manglar estilizado y esbelto. El estero de entrada a Lidaukra presentaba el mismo panorama. Desde lejos comenzamos a ver los palos que quedaban del muelle de esta comunidad y empezaron a aparecer en el horizonte los restos de las casas, como fantasmagóricas estructuras de escombros reclinados contra los árboles o simplemente desparramadas por los suelos. A plena luz del día es escalofriante ver la silueta de un pueblo que se hizo fantasma y vacío en apenas una noche.

Aquí el panorama desolador que se veía en la ciudad de Bilwi se encontraba amplificado por los espacios vacíos que había dejado el bosque tumbado. Frutales, mangos, frutos de pan y decenas de otros tipos de árboles se encontraban en el suelo, pero lo mas impresionante tal vez era ver a los cocoteros caídos: eran la prueba mas clara de la fuerza del viento: sorteadores eternos de los vientos mas fuertes, sobrevivientes de siempre, se encontraban ahora increíblemente arrancados, doblegados, vencidos. Y las casas, lo que quedo de ellas, eran otra prueba para el asombro: habían sido arrancadas de sus bases de palos y lanzadas varios metros desde ellos. Yacían en el suelo algunas paredes sin sus pisos, láminas de zinc abrazadas a los palos como brazos metálicos quebrados. Aquí no existían techos, no había un espacio que pudiera considerarse habitable.

Navegamos por el río Ulang y por sus canales tratando de llegar hasta las comunidades más alejadas. En los brazos de agua se veían vacas muertas con sus cabezas bajo el agua y sus cuerpos inflamados, cayucos y veleros destruidos, con sus mástiles

quebrados, dispersos, lejos de las comunidades, habían navegado a la deriva hasta encalar entre los swamps.

Entonces vi mucha destrucción en Sandy Bay, pero sobre todo vi la angustia humana. Muchos niños y niñas deambulando, saltando sobre los árboles caídos, moviéndose de un lugar a otro detrás de las gentes que llegaban, detrás de los helicópteros, mirando a sus madres que lavaban lo poco de vestir que les quedaba, dando vueltas y vueltas, seguramente buscando una pelota, o un palo especial con el que jugaban.

Pero lo mas triste que recuerdo de mi visita a Sandy Bay, y lo mas triste de todos estos días de sequedad en la boca y de amargura en la garganta, fueron los rostros de las madres, hermanas y esposas miskitas, que miraban desde un puente peatonal hacia el estero, hacia la vía de entrada del mar por donde llegaban las pangas con buzos y marineros rescatados del mar, rescatados de las aguas de los cayos. Fue en Tawasakia. Sus rostros estaban ansiosos, sus miradas atisbaban desde arriba buscando en las barcas la preciada carga de sus hijos, de sus esposos, de sus parientes que faltaban, que el mar aun no había devuelto. Había en sus ojos un brillo especial: el que da la particular mezcla del desvelo, la angustia contenida, la esperanza alimentada con rezos e invocaciones ancestrales. Las barcas navegaban lentamente e iban pasando bajo el puente y poco a poco, en la semi oscuridad del atardecer, entre la luz gris-rosada de los erizados restos de manglares. Las mujeres atisbaban, miraban buscando, luego seguían las barcas que pasaban bajo el puente como queriendo mirar a través del pavimento, y luego se daban vuelta repentinamente y seguían mirando las naves que ya habían pasado, que lentamente se iban deteniendo del otro lado del puente. Y aquí se detenían también ellas mirando, siempre mirando dentro de las barcas, y entonces sus rostros se iban cambiando de la vigilia hacia las sonrisas contenidas o hacia las lagrimas nuevas que iban brotando poco a poco, desde la profundidad del estomago: algunas mujeres descubrían una seña particular, una mueca familiar, un rictus, un pecho desnudo y conocido, ellas eran las que sonreían nuevamente; otras, simplemente descubrían que el dolor ganaba nuevamente el día, que la angustia continuaba, que había que seguir esperando, esas eran las que apretaban aun más el estomago con sus intestinos y empujaban hacia adentro la esperanza, hasta hacerla cada vez mas seca y mas pequeña, mas estrecha, mas ensimismada. Fue entonces que comenzaron de repente los gritos de alegría de aquellas que liberaban su angustia, pero también los lamentos indescifrables de aquellas mujeres que continuaban alimentando la angustia.

Vi mujeres y hombres llorando en un bosque de palos quebrados, entre las ramas pude ver sus rostros y sus lamentos-explicativos en miskito. Vi desolación en los ojos de los niños que no comprendían por qué no existía el techo, ni la pared, ni la cocina, ni su juguete. En fin, como decía, vi la angustia humana. Pero ninguna postal del dolor recuerdo más tristemente que aquellas mujeres sobre el puente mirando, buscando, tanteando con las miradas las barcas que pasaban bajo el puente de Tawasakia. Recuerdo tanto sus rostros y sus lágrimas y siempre que lo hago, aunque sea con un nudo en mi garganta, trato de dimensionar la magnitud de su dolor. No se muy bien por qué lo hago, será porque tal vez así me aproximo más a ellas, así las acaricio en sus pelos negros como las acariciaba con mis ojos esa tarde, y trato de llevarles ondas de paciencia, de consolación, de acompañarlas. Será por eso, tal vez, solo por eso, o porque es lo más humano que me sale.

La segunda visita a Sandy Bay:

El sábado 6 de octubre regresé nuevamente a Sandy Bay, me acompañaba Marlon, un promotor miskito que conocía muy bien las comunidades y sus líderes, pues él había estado capacitándolos hasta el día previo al huracán. Llegamos por la mañana. La primera impresión de Lidaukra, la comunidad que recibe a quienes entran por el estero, la entrada desde mar, con su muelle de pilares y planchas de concreto que aun se conservan, disminuidos pero posibles de caminar, era muy parecida a la que me había llevado el día 5 de septiembre. Pocas casas se veían limpias de escombros y pocos techos habían sido medio arreglados con láminas torcidas. Esta era probablemente la comunidad mas bonita antes del Félix, seguramente por su fachada frente a la costa, por su escenario de cocoteros cortando el horizonte y por sus casas bastante bien arregladas, con frentes de madera machihembrada y pintada de los colores mas brillantes y variados. Tal vez por eso el trauma de la perdida repentina de su belleza tan pintoresca y tan propia fue mas duro, y el reaccionar le cuesta un poco más.

Íbamos con la misión de reunir a todos los coordinadores de los comités de prevención de desastres y hacer una primera evaluación rápida con ellos, preparando el regreso a las actividades del proyecto DIPECHO en la zona. Habíamos preferido esperar y concentrarnos en las actividades urbanas de Bilwi, para darles el tiempo necesario para que fueran creando sus espacios mínimos vitales, sus tareas de limpieza, su estabilización emotiva... Acompañábamos también a una delegación del MINED que estaba distribuyendo ayuda entre los maestros y maestras de la zona. En realidad una de las experiencias más positivas en la emergencia ha sido la coordinación que se ha venido dando entre las autoridades locales, las ONG y las agencias de ayuda humanitaria internacional. Esa misión era una prueba también de ello: el MINED aportando el combustible y distribuyendo ayuda internacional de diferentes orígenes, GVC apoyando con la logística en tierra y los equipos de seguridad, la Policía Nacional disponiendo una panga rápida, el panguero y los policías.

Nos enrubamos por el río Ulang hacia un landing (embarcadero) improvisado en la proximidad de la comunidad de Ninayari, la más central de las 10 comunidades. Inmediatamente comenzaron a llegar comunitarios y muchos niños y niñas, que son los que más corren y los primeros que siempre llegan para ayudar en lo que sea. Ellos/as juegan-ayudando y esperan muy poco: una galleta, una gaseosa, o nada en especial, solo una sonrisa diferente, una caricia en la cabeza... La profesora del MINED se encargó de sus asuntos y "sus" niños y niñas que no paraban de llegar y siempre corriendo... Los adultos hicieron las preguntas de rigor y los cuestionamientos esperados: que la ayuda no llega como debiera, que por qué solo traían cosas ahora para los profesores y no para todos, etc. Después de esta "recepción" acostumbrada también ayudaron a transportar los bultos pesados hacia la escuela. Con Marlon mandamos a decir a Lincoln James, en Kahka, que habíamos llegado. Él ya nos estaba esperando porque le habíamos avisado de nuestra misión por la radio de la Defensa Civil, y sabía que debía entonces convocar al resto de líderes a la casa de Maritza, en Ninayari, donde nos reuniríamos.

Maritza nos esperaba con grandes sonrisas. La saludamos preguntándole como estaba: "naskisma?", y nos respondió, "saura!", o sea, mal, y aclaró señalando: "como voy a estar?, mirá la casa como quedó! Después nos pusimos a hablar de su experiencia, de su familia. Por suerte todos ellos estaban bien. En realidad en Sandy Bay ninguna persona murió, pero a esta zona pertenecen la mayor parte de los muertos y desaparecidos que estaban trabajando en los Cayos Miskitos. En efecto, la actividad productiva más

difundida allí es la pesca y el buceo de langostas. Después le explicábamos que estábamos valorando las condiciones para que nuestras promotoras mujeres regresaran a trabajar allí, pero que era importante su seguridad física y que tuvieran un espacio donde bañarse y una letrina segura. Como siempre y sin que el huracán hubiera hecho mella en su espíritu de solidaridad, nos ofreció un cuarto de la parte baja de lo que quedaba de su casa, su baño y su letrina, solo pidió un poco de plástico para tapar el techo, lleno de hoyos. Ella personalmente velaría por las muchachas y por sus cosas.

Poco a poco fueron llegando los líderes comunitarios y comenzamos la reunión. Todos ellos traían sus radios en la mano, cargadas y encendidas, varios de ellos traían orgullosamente las gorras del proyecto. Sentí que había una suerte de apropiación, de responsabilidad con nosotros. Es inútil decirlo, pero es parte de lo que uno vive y creo que es bueno: yo también me sentí orgulloso de ellos y de saber que habíamos sembrado cosas que la comunidad apreciaba. Les hicimos saber de estábamos solidarios y dolidos por todo lo que habían pasado, pero que al mismo tiempo les felicitábamos por el valor y el nivel de organización que habían demostrado en los momentos más difíciles. Nos agradecieron que hubiéramos trabajado con ellos y por todas las capacitaciones que habían recibido. Todos estuvieron de acuerdo en que el proyecto había sido fundamental para que no hubiera habido muertos en las comunidades y para que estuvieran más organizados: “ya sabíamos que no teníamos que movernos de los lugares seguros, que había que iniciar las tareas de rescate cuando el peligro pasara, ... para iniciar los rescates pusimos a disposición de las brigadas todo el combustible que habíamos inventariado, ... nos convocamos por los walkie-talkie el día 4 por el medio día todos los coordinadores para ir a Bilwi organizadamente... estamos conscientes de que hay fallas en la distribución, pero seguimos organizados y sabemos cuales son las comunidades que aun faltan de cubrir con los alimentos...”

Les explicábamos que íbamos a regresar con todo el equipo de promotores, y que la primera tarea que íbamos a realizar era capacitar a los jóvenes, a los maestros y a los líderes religiosos para que pudieran apoyar en las tareas de recuperación psicosocial a los niños y niñas mas pequeños, y que también íbamos a realizar actividades de atención psicosocial, para lo que ya teníamos coordinaciones hechas con Mi Familia y con UNICEF. Mientras Marlon hacía las traducciones al miskito, uno de los líderes levantó la mano: él quería decir que no solo los niños y niñas necesitaban ayuda, que también los adultos habían quedado traumatizados, que cuando el viento comenzaba a soplar por las noches, aunque estuviera dormido se despertaba y ya no podía dormir más, porque sentía que era nuevamente el Félix que llegaba, y que el vería que en otras casa había también gente en vela, esperando el huracán nuevamente.

Afuera de aquella sombra donde estábamos la gente continuaba moviendo escombros de árboles y techos. Algunos encendían fuego para reducir las ramas más pequeñas y dejar la leña más grande; incluso hablan de que van a comenzar a hacer carbón para que no se pierda tanta madera. Otros se veían levantando pequeños techos con estructuras de restos de madera de sus casas; cubren el techo con láminas rotas y con plásticos y con restos de tablas forran las paredes. Se veía movimiento y ganas de trabajar, de levantarse. Sentí la capacidad de recuperación del ser humano moviéndose entre la destrucción y el humo. Y fue valioso experimentarla. Me sentía también entonces más humano, con el dolor de lo que había visto pero con nuevos elementos, aquellos elementos protectores de lo que ahora se llama resiliencia, pero que tal vez tenga explicaciones más sencillas: ganas de mirar adelante, ganas de aprender, ganas de enseñar a otros para que no pasen desastres, ganas de vivir y hacer vivir.

Los líderes nos explicaron que necesitan hachas y motosierras para seguir limpiando, plásticos, pero sobre todo laminas y clavos. Les dijimos que nuestro proyecto no podía darles estas cosas pero que si GVC o cualquier otro organismo conseguía alguna otra ayuda para ellos, seguramente era fundamental que se mantuvieran organizados en sus comités, para que esos proyectos pudieran realizarse ordenadamente y de manera ecuánime. Que difícilmente se podía trabajar con 10 comunidades si no se encontraban organizadas y coordinadas entre ellas. En fin, entre agradecimientos mutuos y recomendaciones, saludos para el Mayor Castro y las promotoras, entre chiles y sonrisas frescas nos fuimos despidiendo: la panga esperaba y el mar merece respeto, particularmente de noche y eso, estando en Sandy Bay tenía un significado más hondo y más claro.

Cuando ya salía de aquella sombra, me di vuelta para llamar a Marlon que quería quedarse charlando, chileando con sus amigos, como queriendo constatar que estaban vivos, como queriendo decirles, ¡ala!, de la que se salvaron!!. Entonces me di cuenta que uno de los líderes que se había quedado un poco más atrás me quedaba viendo a los ojos y no me decía nada, pero se veía que en el fondo estaba pendiente de mi disponibilidad a interpelarlo. Entonces le saludé y le pregunté que responsabilidad tenía, a que comité pertenecía, solo para animarlo. Me dijo: "soy el jefe de brigada de Ninayari", ah, bueno, le dije, eso está muy bien, se pusieron las "pilas", lo felicito... pero no me dejó seguir y me interrumpió: "... organicé mi brigada y salimos al mar para rescatar nuestros compañeros,... rescatamos 43 pescadores con vida y los trajimos de regreso a Sandy Bay... yo anoté el nombre de todos ellos y quiero hacer un informe para que se lleve... pero le di el cuaderno a un amigo y cuando él venga le voy a escribir la lista para que la tenga... están todos vivos, son 43 personas...". El nombre de este jefe de brigada es Nildo Amansio Anisal, y lo rescato tal vez para que en su nombre podamos imaginar tantos otros, tantos héroes y heroínas que en aquellos días se mostraron, y que fueron parte de un ejemplo de lo que puede hacer el valor humano cuando va acompañado del conocimiento.

La lancha salió de Ninayari cuando una tormenta gris se estaba formando hacia el suroeste. Tuvo algunas dificultades en salir, pero luego comenzó a navegar suavemente entre los swampos y manglares. Pasamos por debajo del puente de Tawasakia que las mujeres miskitas ennoblecieron con sus llantos. Seguimos por los canales donde los niños y niñas se bañaban y reían. Poco a poco fuimos llegando a la barra enrumbados por las siluetas magulladas de los manglares. Finalmente salimos al mar que se veía sereno, y doblamos con rumbo sur. Mire por largo rato hacia atrás, hasta que la barra del río Ulang se perdió en el horizonte, que comenzaba a cambiar hacia tonos más rosados. Entonces me di vuelta para mirar el mar y su grandeza inabarcable. Tenía una mezcla de sentimientos que me llenaban la cabeza y que no quería todavía ordenar, y las siluetas de 43 personas vivas a las que en mi imaginario trataba de delinearle rostros.

